

LIBROS

José Angel Valente: poeta sin identidad

Ginebra.—El volumen número 8 de la colección «Poesía para todos» se abre con una cita de Ezra Pound: «Ma questo, said the Boss, è divertente». En las páginas que parten de esa flecha, José Angel Valente ha acogido unas cuantas palabras excrementales —o/e históricas— capaces de justificar el título del poema: «Presentación y memorial para un monumento». Con alarmante sencillez, el poeta introduce la diferencia en el paisaje de la crisis auto-satisfecha —posibilitándole un caritativo «strip-tease» público— y, de rechazo, en la miseria efímera del canto. Pla-



gio fecundo y ausencia lúcida de acto de contricción.

—Al abordar los poemas que componen tu último libro, uno tiene la sensación de que tu difícil misión poética ha recorrido distancias vertiginosas desde «A modo de esperanza» (mil novecientos cincuenta y cinco) hasta el presente. ¿Se trataría de un parecer por ti compartido, o piensas que el predominio de ciertas constantes debiera matizar e incluso anular esa impresión acaso errónea?

—Temo no poder asumir en mi respuesta la palabra misión que tú utilizas en tu pregunta. Encierra demasiado esa palabra las nociones de intencionalidad o finalidad.

Todo el lenguaje y lo que éste aloja —que es todo— ha estado o está muy infectado de finalismo. En la barata vida diaria de las letras es fácil ver cuántos —jóvenes y viejos— corren acezantes, obsesionados por la prisa de acertar, de dar en el blanco. ¿En qué blanco? La obsesión común de dar en el blanco hace que el blanco no se revele nunca y sea inaccesible. Es máxima vieja de una vieja escuela. El que corre, convicido de intencionalidad o de misión, tras el supuesto blanco, deja siempre el blanco real a la espalda, mirándolo con sarcasmo, tal vez haciéndole, sereno e inviolado, un gesto obscuro. En cuanto a las posibles distancias recorridas desde «A modo de esperanza» hasta mi último libro, no podría yo medirlas. Medirlas sería volverse (acaso como la mujer de Lot) sobre el camino andado, que, en cierto modo, puede devorarnos. No tengo compromisos demasiado duraderos con lo ya hecho. Me repugna la ima-

sión global —de lo antes sólo episódico— capaz de afectar tanto al discurso como a su soporte externo. Sacar «Breve son» (mil novecientos sesenta y ocho) en un momento de orgasmo suntuoso por parte de la llamada «futura poesía española» (ante la baba admirativa de viejas glorias) es, por encima de todo, situarse voluntariamente a contracorriente. Dar ahora «Presentación y memorial», especie de «collage» tenso y casi anónimo, acentúa el saludable malestar. ¿Puedes describir el sentido profundo de esta experiencia múltiple?

—Hablabas antes de constantes. Yo quisiera hablar ahora de cualidades. Las cualidades de la obra literaria serían, según otra vieja escuela (a mí me importa mucho el saber de escuela), estas tres: integridad, consonancia y claridad. Me interesa especialmente esta última, entendiendo por claridad la capacidad de iluminación de la palabra, en el supuesto de que esa iluminación puede nacer o ha de nacer de una explosión de sombra. En esa explosión ha de quedar destruido, en efecto, el discurso (como elemento dado, cristalizado, inmóvil e inmovilizador) y su soporte externo. No podría pronunciarme con demasiado conocimiento de causa sobre lo que llamas o llaman «futura poesía española». Sólo puedo decir que algunos de sus jóvenes representantes me interesan vivamente por su precocísima senilidad. En cuanto a ir a contracorriente, creo que sí. Hay que ir a contracorriente. Sobre todo respecto de uno mismo. Hace algunas semanas leía por azar estos versos de Arnaut Daniel: «Yo soy Arnaut, que atesora el viento, / que caza la liebre con el buey / y nada contra la corriente». Nada me costaría tomarlos como divisa, tal vez en su hermosa lengua original: *e nadi contra suberna*.

—Los poetas que formáis la llamada «generación del cincuenta», al ser incluidos en la antología social de Castellet, ¿no crees que quedasteis automáticamente reducidos a una sola parcela —que, curiosamente, ha seguido creyéndose única en vuestro quehacer— cuando, en verdad, era ésta incluso la menos significativa en vuestra obra?

—Yo creo que hasta ahora mi poesía ha sido estrictamente no leída. Muchas veces, cuando me piden un poema inédito, siento deseos de

mandar alguno de mi primer libro. Seguramente, ninguno de los escasísimos autores de mi promoción que tienen algún valor ha sido aún verdaderamente leído. Se los ha sobreleído desde supuestos colectivos falsos o superficiales. Ninguno, que yo sepa, ha sido seguido en su posible despeque de esos supuestos. Y sólo a partir de ese posible punto de despeque, alguno de ellos, muy pocos (o ninguno, pues puede haber momentos de saldo totalmente negativo), acaso hayan empezado a existir. A propósito de las antologías en nuestro medio literario actual, escribí hace poco algo destinado a una publicación española que todavía no ha visto la luz y que podría anticiparse aquí: «Las promociones, cuyo acceso a la vida pública suelen sancionar antólogos diplomados, siguen el mismo ritmo de fabricación de cualquier otro artículo de consumo cuya supuesta novedad se encarece una vez arribado o abaratado el modelo anterior. La relación que un proceso de esta naturaleza tenga con la literatura es tan dudosa como manifiesta la relación que guarda con la promoción comercial. En este sentido, es evidente que una «recuperación» mínima se impondría: la recuperación de una crítica capaz, a su vez, de salirse de la inopia o del comercio y de naturalizarse como creación».

—Retornemos, si te parece, a «Presentación y memorial». Se ha hablado con cierta vaguedad de los contenidos de este libro. Al margen de todo intento de explicación didáctica, ¿podrías hacer alguna consideración sobre los mismos?

—«Presentación y memorial» es un intento de reproducir literalmente lo que tú llamabas antes discurso; es decir, el lenguaje institucional, inmovilizado e inmovilizador, para hacerlo hablar en su propio vacío. Por eso, «Presentación y memorial» está concebido en su conjunto como un solo poema, hecho mediante el montaje de fragmentos que en su casi totalidad no me pertenecen. En esos fragmentos habla prácticamente sola, con muy breves contrapuntos, la voz no humana de la infrahistoria, que tantas veces (acaso ahora) amenaza con ocupar toda la órbita de la historia misma. Se ha hablado de parodia a propósito de «Presentación y memorial». Hay, en efecto, parodia. Pero no sé si

se ha advertido que ésta consiste en repetir el discurso institucional, en hacer oír ciertas voces que en el simple acto de su reproducción literal se convierten en sangrientas parodias de sí mismas. A veces, la realidad no necesita espejos deformantes: genera sin mediación el esferpento.

—Finalmente, ¿hay alguna otra obra tuya próxima a aparecer?

—Sí. Acabo de entregar al editor un libro de ensayos que recoge textos escritos entre mil novecientos cincuenta y cinco y mil novecientos sesenta. Y supongo que el próximo otoño empezará a distribuirse un nuevo libro de poemas, editado por Joaquín Mortiz, en México, que lleva el título simple y significativo (se me antoja) de «El inocente». ■ JOSE MIGUEL ULLAN.

Contracultura y tecnocracia

La «contracultura», para Roszak (1), es la emanación juvenil en todas sus manifestaciones —desde una cierta manera de vivir hasta unas obras literarias y filosóficas—, que desafían y tratan de romper la cultura oficial, centrada en el cientifismo y la tecnocracia. Si en otros momentos —el más visible, la entronización de la diosa Razón durante la revolución francesa— la lógica y el examen objetivo de las cuestiones fue una conquista de la oposición frente a las fantasmagorías útiles a los poderes, de alguna forma la situación se ha invertido después, y el uso de un pensamiento científico y unas formulaciones técnicas ha venido a reforzar los grupos de poder. La respuesta es, ahora, una negación de la «consciencia objetiva» y la «visión chamánica del mundo», un cierto «regreso a la naturaleza» y el reconocimiento de que el misterio existe. Roszak hace un examen de las principales fuentes norteamericanas de la contracultura, con un énfasis especial en la obra de Paul Goodman y su «sociología visionaria». ■ H.

(1) Theodore Roszak: «El nacimiento de una contracultura». Kairós. Barcelona.